

# Hacia la categoría de sujeto social en la teoría sociológica

Miriam Calvillo y Alejandro Favela

A través de un somero recorrido por la Teoría Sociológica, desde su período clásico hasta los más recientes intentos de teorización, se trata de replantear a la luz de los acontecimientos que marcan y distinguen en fin de milenio la vieja preocupación sociológica acerca de los problemas que implica el amplio entramado de las relaciones que se entretienen entre el individuo y la sociedad. El interés que en distintas épocas, las más diversas corrientes del pensamiento sociológico mostraron por los aspectos individual y social, así como por el ilimitado universo de interrelaciones construidas, provocadas o simplemente imaginadas entre cada uno de ellos, son inquietudes que rebasan el puro ejercicio mental para convertirse en un imperativo teórico para la comprensión de los rumbos que pueden llegar a tomar las sociedades contemporáneas. En efecto, en momentos en los que el cambio es el signo de los tiempos, la búsqueda de nuevas interrogantes es apenas el principio ineludible de la necesidad de crear nuevas respuestas acordes con las realidades inéditas que se están construyendo. La emergencia de nuevas realidades conlleva la necesidad de construir nuevas categorías a partir de las cuales se pueda explicar la complejidad y la diversificación que las caracteriza. Una de estas categorías es sin lugar a dudas la de *sujetos sociales*. A partir de este recorrido conceptual, se intenta mostrar cómo se fueron construyendo los elementos que permiten dotar de contenido a la categoría de sujeto social, en tanto que resultado de una acumulación deliberada y autoconciente del conocimiento, es decir, en tanto que producto histórico.

La sociología se ha planteado desde siempre los problemas que implica el amplio entramado de relaciones que se entretejen entre el individuo y la sociedad. Sin embargo, si tuviéramos que señalar alguna característica distintiva entre la teoría sociológica clásica y la contemporánea, ésta podría ser el énfasis que cada una de ellas pone en el análisis de los aspectos individual y social, y la predominancia que le otorga a cada uno de ellos dentro de su sistema conceptual. Mientras que la sociología clásica hizo evidente hincapié en los aspectos más generales de la sociedad, la preocupación de la teoría sociológica contemporánea ha tendido hacia la búsqueda de la significación de la acción e interacción individuales, así como a un creciente reconocimiento de la importancia del individuo en el *continuum* social, llegando inclusive, en algunos casos, al extremo de otorgarle un papel decisivo y casi exclusivo en la conformación del orden social.

Del énfasis puesto en cada uno de estos aspectos derivan muchos de los supuestos analíticos más generales que cada autor hace sobre la vida social. La disputa entre las diversas corrientes del pensamiento sociológico se encuentra precisamente en estos supuestos analíticos generales. El énfasis en lo social y en lo individual nos indica cuán relativamente importantes pueden ser las actitudes y los comportamientos entendidos como apriorísticamente socializados; esto es, como algo suplementario y adicional añadido al individuo, o en su antítesis es entendido como señales y respuestas individuales. Esta distinción conduce a posturas enfrentadas respecto del sentido de la acción y la determinación de los actores sociales, así como a la definición de su papel activo o inactivo en la construcción del mundo social. Por una parte, nos encontramos con la opinión según la cual la acción tanto individual como social se encuentran determinadas por los hechos sociales objetivos; por su modo de existir, la conducta y acción de los actores individuales se convierten en mero reflejo de las estructuras más generales de la sociedad. En el campo contrario domina la visión del autor como un agente en donde destaca la conciencia humana (razón y cultura). Ya Max Weber y Talcott Parsons se inclinaban por esta opinión, pero ella encontró su formulación más definitiva en la teoría del intercambio de George Homans, por un lado, y en el psico-

logismo sociológico del interaccionismo simbólico, por el otro. Para quienes se adhirieron a esta visión, los actores y la acción individuales representaron una especie de síntesis *a priori*.

Como se ve, estas dos posiciones, aunque contrarias, participan de unos supuestos fundamentalmente comunes. En ambas, el sujeto de la acción se presenta como un dato dado, esto es, como un actor; aunque en una de ellas se le considere determinado por el exterior, y en la otra, como un artífice relativamente autónomo de una actitud social desarrollada a partir de su propia pauta personal de conducta y sensibilidad.

En esta confrontación de teorías sobre la acción y los actores sociales, una colectivista y la otra individualista, se refleja una de las propiedades esenciales de la racionalización cartesiana. La existencia de un punto de partida universal se supone como algo obvio. Se continúa trabajando con un aparato conceptual que impone marcadas líneas de separación entre los niveles de integración físicos, sociales e individuales.

A fin de cuentas, la prevalecencia de lo individual o de lo social dentro del análisis sociológico conforma un parámetro; esto es, un punto desde el cual el sociólogo se coloca frente a una realidad determinada. Se trata de una referencia para la problematización; es decir, de un punto de partida que delimita los cuestionamientos que se le hacen a la realidad social y con ello define apriorísticamente el alcance de los supuestos analíticos y explicativos.<sup>1</sup>

Los intentos de los primeros sociólogos, encaminados a combinar la investigación empírica con la razón a través de la aplicación de los principios de la física newtoniana, lo mismo que del uso de la razón cartesiana para encontrar las determinaciones de

<sup>1</sup> Los parámetros constituyen ciertas estructuras teóricas, ideológicas y axiológicas que presuponen la reducción de la realidad a determinados aspectos. Se trata de significados asignados de un modo *a priori* a la realidad que se construyen a partir de ciertos insumos analíticos que derivan de fuentes teóricas, ideológicas y valorativas. Estos significados responden a contenidos que se definen como verdaderos, en función de ciertas cargas ideológicas y visiones personales. En la obra de Jeffrey Alexander, tales parámetros equivalen a su noción de presuposiciones, que es el nivel que aporta el autor en los componentes básicos que integran las tradiciones científicas. De acuerdo con este autor, las presuposiciones son "los supuestos más generales de cada sociólogo en su enfrentamiento con la realidad". J. Alexander, *Las teorías sociológicas. Desde la Segunda Guerra Mundial. Análisis multidimensional*, Barcelona, 1995, p. 18.

los sucesos y acontecimientos,<sup>2</sup> en la actualidad resultan anacrónicos sino es que francamente obsoletos. Hoy en día vivimos una realidad que está perdiendo su configuración anterior, pero que no acaba de perfilar su nueva hechura; muchos de sus rasgos apenas si comienzan a delinearse. Emergen nuevas realidades y con ellas la necesidad de construir nuevas categorías para explicar la complejidad y la diversificación que las caracteriza. Una de estas categorías es la de *sujetos sociales*.

Estudiar los sujetos sociales, no en tanto sustancia sino más bien a partir de su emergencia, de su organización;<sup>3</sup> esto es, como un proceso de múltiples y continuos cambios que llevan de una fase de su conformación a la siguiente, puede llegar a corregir esta imagen errónea de un mundo dividido en compartimentos estancos. No obstante, este estudio puede devenir imposible, si se escamotea el hecho de que naturaleza, sociedad e individuos están entremezclados y son interdependientes.

Este cambio del campo visual crea problemas, pues muchos conceptos familiares adquieren un nuevo significado, se vuelven inútiles o pierden importancia. Sin embargo, si partimos del reconocimiento de que las categorías no se crean por generación espontánea sino son el resultado de una acumulación en la evolución del conocimiento; es decir, que se trata de productos históricos, entonces para llenar de contenido y de un nuevo significado a la categoría de *sujeto social* tenemos que partir de la revisión de los antecedentes que pueden llegar a darle sustento. De este esfuerzo trata el presente trabajo.

<sup>2</sup> Siguiendo a Karl Popper distinguimos sucesos (eventos en la traducción de Sánchez de Zavala) y acontecimientos. Para él un acontecimiento es aquello que está descrito por un *enunciado singular*; es decir, "lo que está aconteciendo o ha acontecido, lo único. El "suceso" es lo que hay "de típico o universal en un acontecimiento". Los sucesos difieren "únicamente con respecto a los individuos (posiciones o regiones espacio-temporales) afectados". Así, los acontecimientos se convierten en elementos del suceso. K. Popper, *La lógica de la investigación científica*, México, 1991, pp. 84-87.

<sup>3</sup> La emergencia implica un proceso de reorganización; sin embargo, aquí queremos destacar que tal reorganización deviene como resultado de lo que Norbert Elias llama "continuum de transformación". Esto es, presuponer un proceso de cambio que implica no sólo la transformación de una unidad que permanecería inalterada sino que se refiere a "la continuidad con la que una transformación surge de otra en una secuencia ininterrumpida". N. Elías, *Sobre el tiempo*, México, 1989, p. 57.

## Una sociedad sin sujeto o de la socialización del individuo

Durante todo su periodo clásico el pensamiento sociológico mantuvo la creencia en que el mundo podía ser salvado por la sociedad. La confianza en el poder de la acción social para crear una sociedad perfecta, o incluso que llegara a acercarse a lo ideal, fue la premisa de la que partieron los primeros sociólogos. La sociedad se constituyó en un ente que se encontraba por encima del individuo; más aún, se la concibió como la creadora del individuo con todas sus bondades y perversidades; pero, sobre todo, prevalecía la confianza en que la sociedad podía actuar para cambiar desde su fundamento al individuo y con ello producir un nuevo hombre. El individuo era por tanto el producto de las fuerzas sociales. Tal afirmación se convirtió en un axioma para el pensamiento sociológico, al cual se le limitó, entonces, a buscar la instancia capaz de remover los obstáculos presentados a la perceptibilidad social. De esta manera, era inevitable que la sociedad, considerada algo más que la mera sumatoria de individuos, se convirtiera en la unidad orgánica básica del análisis sociológico.<sup>4</sup>

El origen de la propia sociología se encuentra estrechamente ligado a los grandes esfuerzos del pensamiento moderno por construir una macroteoría capaz de explicar la realidad social en su conjunto a partir de la elaboración de principios generales, válidos universalmente. La pretensión de construir una teoría que englobara la explicación del total de los fenómenos sociales no

<sup>4</sup> Peter Drucker afirma que la creencia en la *salvación por la fe*, que dominó la Europa medieval, fue sustituida en el siglo XVII por la aparición de la creencia en la salvación por la sociedad; es decir, por la creencia en la construcción de un orden social temporal, personificado en un estado igualmente temporal. Sin embargo, en las últimas dos décadas, la creencia en la salvación por la sociedad ha ido desapareciendo y con ella los principios que le daban sustento. Para Drucker la falta de principios ha sido sustituida y tenderá cada vez más a ser sustituida por un criterio de funcionalidad; esto es, por la efectividad, la eficiencia y la *ratio costes/beneficios* de las acciones emprendidas. Nuevamente, destaca en este planteamiento el pragmatismo que caracteriza a Drucker; no obstante, no deja de ser interesante la idea de la pérdida de la creencia en la salvación por la sociedad, en tanto que fundamento de la construcción de un horizonte histórico reconocible y compartido. P. Drucker, *Las nuevas realidades*, Barcelona, 1989.

podía más que conducir a la sociología a ocuparse de las grandes estructuras e instituciones sociales, consideradas como hechos. Es así como se instauran las bases de una fuerte tradición sociológica que George Ritzer, siguiendo a Herbert Blumer, define como *sociologismo*. En el sociologismo confluyen todas aquellas teorías que se centran en factores culturales y socioestructurales, tales como “el sistema social”, “la estructura social”, “la cultura”, “la posición de estatus”, “el rol social”, “la costumbre”, “la institución”, “la representación colectiva”, “la situación social”, “la norma social” y “los valores”.<sup>5</sup>

El énfasis en el aspecto social se encuentra estrechamente ligado a las condiciones que dieron origen a la sociología en tanto que disciplina. No se trata de un capricho sino de una respuesta a las tendencias individualistas del pensamiento del siglo XIX, marcado por el movimiento de la Ilustración y por los postulados de la economía política clásica de los siglos inmediatamente anteriores. Este hecho, llevado al extremo, le hizo afirmar a Irving Zeitlin que tal énfasis se desarrolló “en oposición directa al nominalismo social iluminista; esto es, al concepto de que sólo existen los individuos y que la sociedad no es más que el nombre dado a esos individuos en sus interrelaciones”.<sup>6</sup> La afirmación de Zeitlin respecto a que “buena parte de la sociología occidental se desarrolló como una reacción conservadora al Iluminismo” resulta de un enfoque determinista y unilateral, sin contar lo poco puntual de tal aseveración.

Con un enfoque más dinámico, multidimensional en sus propios términos, Jeffrey Alexander va más allá cuando afirma que el origen de la sociología se explica a partir de la diferenciación del individuo en la sociedad que provocó el mundo moderno. No tanto como una respuesta conservadora a los postulados teóricos del Iluminismo, sino porque:

La independencia del individuo, el crecimiento de su capacidad para pensar libremente acerca de la sociedad, le permitió que la sociedad misma fuera concebida como objeto de estudio. La independencia del indi-

<sup>5</sup> H. Blumer, citado por G. Ritzer, *Teoría Sociológica Contemporánea*, México, 1993, p. 218.

<sup>6</sup> I. Zeitlin, *Ideología y teoría sociológica*, Buenos Aires, 1977, p. 68.

viduo vuelve problemático el 'orden' y esta problematización del orden vuelve posible la sociología. (Para Alexander) la tensión entre la libertad y el orden brindan una justificación intelectual y moral a la sociología: la sociología explora la naturaleza del orden social en gran medida porque le interesan sus limitaciones para la libertad individual.<sup>7</sup>

De tal manera, no cabe duda que el alto nivel de generalización pretendido por la sociología primaria se opone a los planteamientos de la Ilustración y a la idea del *laissez-faire* de Adam Smith, que otorga un papel preponderante al individuo en el quehacer histórico y social. En oposición a esta preponderancia, los esfuerzos de los primeros sociólogos se encaminaron a demostrar que la sociedad existía *per se* con sus propias leyes de desarrollo y que, en todo caso, el comportamiento, tanto individual como colectivo, se encontraba condicionado y constreñido por esas leyes.

La búsqueda de estas leyes llevó a Auguste Comte, en su física social, que más tarde llamaría sociología, a definir como elementos básicos de su análisis unidades tan complejas como la familia y a no considerar al individuo más que como un producto de las instituciones sociales. A través de una analogía con el esquema biológico de su época, Comte define a la familia como la cédula de la sociedad, esto es, como la unidad más simple del organismo social. En esta misma lógica societaria, Émile Durkheim aduce que la sociedad está compuesta por "hechos sociales", los cuales constituyen fuerzas y estructuras externas al individuo y a las conciencias individuales.

Es hecho social --afirma Durkheim-- toda manera de hacer, fija o no, susceptible de ejercer sobre el individuo una coacción exterior, o también que es general dentro de la extensión de una sociedad dada, a la vez que tiene una existencia propia, independiente de sus manifestaciones individuales.<sup>8</sup>

La exterioridad de los hechos sociales queda mayormente de manifiesto en la primera regla durkheimniana relativa a su observación y en la que define a los hechos sociales "como cosas", "como

<sup>7</sup> J. Alexander, *op. cit.*, 1995, p. 19-20.

<sup>8</sup> E. Durkheim, *Las reglas del método sociológico*, Barcelona, 1982, p. 46.

datos inmediatos de la ciencia”, aislados de sus manifestaciones individuales.<sup>9</sup>

Es así como en la construcción teórica sociológica se establece lo que George Ritzer denomina el “paradigma de los hechos sociales”.<sup>10</sup> Las estructuras, las instituciones, las posiciones, las relaciones, el estatus, la cohesión, el ajuste, la función, la norma y los roles sociales se convierten en elementos básicos y exclusivos del análisis sociológico, en tanto que hechos sociales; es decir, en tanto que elementos externos (inclusive en un sentido físico) al hombre. Es precisamente, por su condición de exterioridad al hombre que los hechos sociales se convierten en ajenos y muy pronto empiezan a coaccionarlo. La coacción externa que ejercen las instituciones y estructuras sociales sobre los individuos y los grupos se transforma a través de la socialización en una pauta de autoacción que abarca toda la existencia del individuo al convertirse en norma moral o conciencia civilizatoria. Vemos entonces que el nivel social se transmuta en una propiedad peculiar de la naturaleza humana como tal. Así pues, la sociología de los hechos sociales se caracteriza por mantener una visión colectivista que entiende el orden social como un dato externo al individuo, previo a todo acto individual.<sup>11</sup>

<sup>9</sup> E. Durkheim, *op. cit.*, 1982, capítulo II, pp. 49 y siguientes.

<sup>10</sup> “El objeto de estudio del *paradigma de los hechos sociales* son las grandes estructuras e instituciones sociales y su influencia coercitiva sobre los actores y sus pensamientos y acciones. A este paradigma pertenecen el funcionalismo estructural, la teoría del conflicto y diversas variantes de la teoría neomarxistas”. G. Ritzer, *op. cit.*, 1993, p. 315.

<sup>11</sup> Jeffrey Alexander propone clasificar las diversas propuestas teóricas de los sociólogos de acuerdo con su posición, implícita o explícita, respecto de dos problemas, a su entender, fundamentales y no opcionales para la teoría sociología: 1) el “problema de la acción”, que divide a los pensadores en aquellos que parten de la suposición de que los actores son racionales y los que argumentan que son fundamentalmente no racionales (normativos), lo que conlleva a “la vital cuestión de la referencia interna o externa de la acción”; y 2) el “problema del orden” que separa los enfoques en individualistas y colectivistas del orden. A partir de estas presuposiciones, Alexander propone un conjunto de permutaciones lógicas entre ellas para clasificar el pensamiento social. Afirma que “hay teorías racional-individualistas y teorías racional-colectivistas”; también hay teorías normativo-individualistas y normativo-colectivistas”. No obstante lo sugerente de una clasificación de este tipo, resulta riesgoso tratar de constreñir la obra de cualquier autor a límites tan estrechos. El propio Alexander se percató de tal peligro e intentó socarlo con su noción de “categorías residuales”, que son una especie de “arrepentimientos teóricos” o de “conceptos *ad hoc*” que se encuentran “fuera de la línea de argumentación explícita y sistemática del teórico”; esto es, fuera de las permutaciones lógicas. J. Alexander, *op. cit.*, 1995, pp. 18 y siguientes.

Para Durkheim, por ejemplo, si era necesario encontrar la explicación del comportamiento individual bastaba con buscar sus causas sociales. La preocupación de Durkheim por los individuos se redujo a destacar sus patologías como el resultado de sus lazos de unión. En la teoría durkheimniana, los individuos pierden su especificidad a través de lo que denomina “una moral común de la sociedad”, esto es, “una conciencia colectiva intensa”.

No obstante, Durkheim da un paso adelante al reconocer que los “hechos sociales”, a los que tendría que abocarse la sociología, no son sólo materiales sino también pueden ser no materiales, y quizás precisamente por ello llega al extremo de deificar la sociedad y sus productos. Durkheim describió una especie de mundo religioso secularizado donde la voluntad socialmente estructurada constituía el verdadero motor de la vida social. Desde el momento mismo en que Durkheim supone que la religión es el modo como la sociedad se expresa a sí misma, bajo la forma de un hecho social no material, identifica a la sociedad con la religión y los convierte en fenómenos indistintos.

La reducción durkheimniana de la tarea de la sociología al estudio de los “hechos sociales” tuvo su desarrollo ulterior más acabado en el *funcionalismo estructural*. Esta corriente, más que cualquier otra, mantuvo la visión microscópica en el estudio de los fenómenos sociales, inaugurada por los primeros sociólogos. En todas sus variantes, el funcionalismo estructural se ocupa del sistema social como un todo y de la influencia de las diversas partes de él.<sup>12</sup> Su punto de partida es la premisa de la existencia de un estado

<sup>12</sup> Si bien aquí tratamos de destacar los aspectos más generales del funcionamiento estructural, no dejamos de reconocer las diferencias existentes entre los diversos autores, que adscriben a esta corriente, tanto en la identificación de los núcleos básicos de su análisis como en el modo de abordarlos. Aunque limitada, como toda clasificación, la tipificación de Mark Abrahamson del funcionalismo estructural permite encontrar manifiestas diferencias entre sus seguidores. Para Abrahamson existen tres tipos de funcionalismo estructural, a saber: i) el funcionalismo individualista, que se ocupa de las necesidades de los actores y de las diversas estructuras que surgen como respuestas funcionales a estas necesidades; ii) el funcionalismo interpersonal, que trata de las relaciones sociales, en especial de los mecanismos que producen para ajustar las tensiones que se provocan en estas relaciones; y iii) el funcionalismo societal, cuya preocupación son las grandes estructuras e instituciones sociales, sus interrelaciones y su influencia sobre los actores. M Abrahamson, citado en G. Ritzer, *op. cit.*, 1993, p. 107.

Las permutaciones lógicas usadas por Alexander para clasificar el pensamiento social darían como resultado una tipificación distinta.

en o cerca del equilibrio de las partes constituyentes del sistema social. Aun cuando este estado en o cerca del equilibrio no implica necesariamente estatismo total, sí presupone la existencia de un orden supremo en el cual los cambios, si se operan, lo hacen lentamente y de una manera totalmente ordenada. Pero en estos cambios nada, o casi nada, tienen que ver el individuo y la voluntad.

El funcionalismo estructural se concentra casi exclusivamente en niveles más amplios que el individuo; esto es, en grupos, instituciones, sistemas y subsistemas y patrones de valor. Para conceptualizar estas grandes unidades da por sentada la existencia de un nivel de interacción entre actores individuales, que se encuentra limitado por la acción coercitiva de tales unidades. Y aunque no niega la probabilidad de que exista una acción contingente; es decir, no elimina del todo la posibilidad, el azar, la eventualidad, el riesgo y la circunstancia, entiende que la contingencia tiende muy pronto a adecuarse a las pautas normativas y al equilibrio institucional.

El que la sociología clásica hiciera hincapié en el nivel macro social no supone, en modo alguno, que la teoría sociológica contemporánea en su conjunto haya virado hacia una visión incluyente del individuo. Hoy en día existe un gran número de pensadores que destacan, en la elaboración de sus supuestos analíticos, el nivel social, institucional, grupal y estructural de la vida social. La más clara de estas posturas es la *Teoría de Sistemas* que ve a la sociedad como un enorme sistema constituido por una serie de partes interrelacionadas entre sí.

A pesar de todas las posibles divergencias existentes entre los distintos pensadores, cuya pretensión consistió y consiste en construir sistemas explicativos generalizados y generalizadores, encontramos que comparten algunos rasgos que los hacen miembros del mismo signo paradigmático. Uno de estos rasgos es la prevalencia de una concepción teleológica; es decir, la creencia en que la sociedad tiene propósitos o metas y que es, precisamente, para alcanzar estos propósitos y metas que han sido creadas las estructuras y las instituciones sociales. No sobra decir que es en esta concepción teleológica en la que se fundamenta el principio del análisis de las estructuras e instituciones sociales como el único fin válido de la sociología, ya que es a través de su inteligibilidad

que se pueden llegar a descubrir los propósitos y metas de sociedades, grupos e individuos. Un segundo rasgo se refiere a la visión holista que mantienen de la realidad; esto es, ven a la sociedad como un conjunto de partes que se encuentran interrelacionadas. De ahí su interés por el estudio de la interrelación entre las partes componentes de la sociedad y en las funciones que cada parte cumple para las demás y para el sistema en su conjunto.

La visión teleológica y holista convierte a las teorías sociológicas generalizadoras en una suerte de grandes metarrelatos “legitimantes, capaces de señalar objetivos, criterios de elección y de valoración y, por tanto, algún curso de acción todavía dotado de sentido”. Para Gianni Vattimo, quien sigue en esto a Jean François Lyotard, los metarrelatos constituyen grandes relatos que buscan establecer “una ‘legitimación’ absoluta en la estructura metafísica del curso histórico”; es decir, se trata de relatos que no se limitan a “legitimar en sentido narrativo una serie de hechos y comportamientos”, sino que se adjudican la “capacidad de señalar opciones históricas”, y, por ello mismo, no son sino “expresión de la violencia ideológica”<sup>13</sup> que elimina la capacidad y voluntad de cambio de los seres humanos. De esta manera, el principio de exterioridad y coacción de las estructuras y las instituciones sociales se transforma en colofón teórico e ideológico-político de las grandes teorías generalizadoras.

Pero tanto el principio teleológico, como la visión holista de la sociedad, tienen consecuencias no sólo teóricas e ideológicas sino también gnogeológicas y metodológicas. La reducción de la dinámica histórica a una sola dirección conlleva, en el plano gnogeológico, a la presuposición de la existencia de la monocausalidad de los fenómenos históricos-sociales, esto es, a su determinación lineal. Mientras que, en el terreno metodológico, orienta el análisis de lo social a la búsqueda del nexo de monocausalidad que impone continuidad a los fenómenos social-humanos.<sup>14</sup>

<sup>13</sup> G. Vattimo, *Ética de la interpretación*, Paidós, 1991, pp. 15-35.

<sup>14</sup> La búsqueda de este nexo de monocausalidad se basa en la visión que se desprende del concepto de racionalidad heredado de la “tradicición decimonónica y totalmente fundado sobre el cálculo de la adaptabilidad entre los medios disponibles y las necesidades requeridas”. La racionalidad orienta “al descubrimiento de un nexo de monocausalidad que hace puntualmente pagar a la complejidad de los temas de investigación, la

El nexo de monocausalidad destaca la uniformidad y la repetibilidad de los fenómenos sociales en contra de su unicidad y singularidad. Esta orientación a la monocausalidad, al negar la variabilidad e indeterminación de los fenómenos, reduce el análisis social, y construye la imagen de que en el proceso de indagación se busca construir diagnósticos sociales a partir de los cuales se pueda orientar el comportamiento humano.

Así pues, el paradigma de los hechos sociales no sólo excluyó al individuo y a su voluntad, sino que evitó la posibilidad del análisis de la subjetividad social. Colocar en el centro del análisis sociológico a las grandes unidades sociales conllevó a concebir las actitudes y las conductas como apriorísticamente socializadas; es decir, a entender a las estructuras sociales como fundamentalmente coercitivas.<sup>15</sup> Y a pesar de los intentos de Émile Durkheim por incorporar el análisis de los hechos no materiales<sup>16</sup> y del trabajo de Max Weber sobre el ámbito de la cultura,<sup>17</sup> no sólo el individuo

---

insuficiencia de los esquemas y las técnicas de investigación". F. Ferrarotti, *La historia y lo cotidiano*, Barcelona, 1990, p. 77.

El pensamiento causal, que pretende el establecimiento de nexos, presupone que el mundo no puede ser caótico y que se rige por un orden preestablecido. Este pensamiento se construye a partir de un concepto de espacio tridimensional y con el concepto de curso regular del tiempo. Para una crítica al respecto véase P. Watzlawick, "¿Efecto o causa?", Barcelona, 1990.

<sup>15</sup> No es pues extraño, bajo esta lógica, que un tema recurrente en autores que se ocupan de las grandes instituciones y estructuras sociales sea la educación, tanto formal como informal.

<sup>16</sup> Para Durkheim, dada su concepción religiosa de la sociedad, ésta era una especie de reino cultural y simbólico donde los lazos sociales más reveladores no podían ser más que la solidaridad y el afecto: "... la solidaridad.. constituye la condición misma de la vida social. En efecto una sociedad, cuyos miembros no estuvieran unidos los unos con los otros por algún vínculo sólido y duradero, se asemejaría a un montón de polvo suelto que con el viento más leve se dispersaría pronto a los cuatro rincones del horizonte". B. Lacroix, *Durkheim y lo político*, México, 1984, p. 52.

Durkheim reifica la sociedad en torno de la solidaridad y el afecto, y con ello define la función práctica de la moral como un "hacer posible la sociedad, *hacer vivir a los hombres sin demasiados choques ni conflictos*, salvaguardar en una palabra los intereses colectivos". (B. Lacroix, *op. cit.*, p. 77). La moral se convierte de este modo, en el sustento de la vida social, en el mecanismo a través del cual se mantienen los lazos y la unión sociales. La moral, lo mismo que toda la cultura, no es pues más que otro dato externo al individuo.

<sup>17</sup> Weber, quien retoma la línea de investigación sobre los fenómenos culturales, principalmente sobre la religión, adopta de Nietzsche la idea de la necesidad de que los

y la acción individual quedaron relegados del análisis sociológico sino también se excluyó al ámbito de la construcción de la subjetividad social, porque, como afirma Jeffrey Alexander, las grandes teorías generales “explican el orden sólo a expensas del sujeto, eliminando la noción de yo (*self*)”.<sup>18</sup>

## **La sociedad vista desde la individualización de los hechos**

Pero para incorporar el ámbito en el que se construyen las subjetividades<sup>19</sup> colectivas, las identidades y la “voluntad de mutación”,<sup>20</sup> que incluye la categoría de sujeto social, fue necesario primero cuestionar el proceso de socialización del individuo. Tal cuestio-

---

individuos hicieran frente al impacto de la burocracia y de otras estructuras de la sociedad. En franca oposición con la tradición ortodoxa del marxismo, incorpora la noción de que las ideas no pueden ser consideradas simples efectos económicos sino fuerzas alternativas auténticamente autónomas, capaces de afectar profundamente al mundo económico. No sólo la economía, sino también el estado, la ley y la burocracia aparecen como estructuras que dominan a los individuos desde afuera. Al incorporar su concepto de *racionalidad formal*, Weber implica su preocupación, por las elecciones que los actores hacen entre medios y fines; pero aun en este supuesto, la elección está siempre relacionada con las reglas, las regulaciones y las leyes universalmente aplicadas. Estas leyes, reglas y regulaciones derivan de las estructuras y en ellas poco cabe el libre albedrío de los actores individuales.

<sup>18</sup> J. Alexander, *op. cit.*, 1995, p. 20.

<sup>19</sup> En opinión de los autores, Marcela Lagarde ofrece una de las definiciones más logradas de subjetividad por lo que entiende “la particular concepción del mundo y de la vida del sujeto. Está constituida por el conjunto de normas, valores, creencias, lenguajes y formas de aprehender el mundo, conscientes e inconscientes, físicas, intelectuales, afectivas y eróticas.

“La subjetividad se estructura a partir del lugar que ocupa el sujeto en la sociedad y se organiza en torno a formas específicas de percibir, de sentir, de racionalizar, de abstraer y de accionar sobre la realidad. La subjetividad se expresa en comportamientos, en actitudes y en acciones del sujeto, en cumplimiento de su ser social, en el marco histórico de la cultura. En suma, la subjetividad es la elaboración única que hace el sujeto de su experiencia vital”. M. Lagarde, *Los cautiverios de las mujeres*, México, 1993, p. 302.

<sup>20</sup> *La voluntad de mutación* se refiere a lo verdaderamente esperado en el sujeto, a la disposición al riesgo y al triunfo de lo querido utópicamente. Se trata de lo querido radicalmente por el hombre, de eso que “no se ha logrado en ningún sitio, pero tampoco ha fracasado en ningún sitio”. Para una amplia exposición sobre este concepto, véase E. Bloch, *El principio esperanza*, Madrid, 1977, pp. XVI-XVII.

namiento partió de la crítica a la función coactiva de las estructuras y de las instituciones sociales, lo que condujo, por oposición lógica, a un énfasis en el papel y en la actividad del individuo. Georg Simmel fue quien, con sus trabajos sobre los tipos de interacción entre la gente, abrió la compuerta para que la sociología se desbordara al análisis del individuo. A diferencia de Weber, Simmel localizó su esfuerzo en las formas de interacción y en los tipos de interactores, y no en las grandes estructuras culturales de la sociedad.<sup>21</sup> Con ello, la sociedad comenzó a mirarse desde el individuo y, más precisamente, desde la acción y la interacción individuales. Este nuevo enfoque lo llevó a puntualizar uno de los más importantes cometidos a los que habría de abocarse la sociología, a saber: el análisis de la acción y de la interacción desde la individualización de los hechos sociales y ya no desde su contraparte; esto es, desde la socialización de los individuos.<sup>22</sup> No obstante, el trabajo de Simmel se mantuvo dentro de los límites de la visión generalizadora que hacía depender la acción y la interacción individuales de la conformación de las grandes estructuras sociales. Para Simmel, al igual que para Weber, la cultura, entendida como un todo, ejerce una dominación tal en el individuo que llega a determinar el tipo de interactivo de que se trata, así como las formas en las que interactúa. La cultura es, pues, el marco en el que se delimita la interacción entre la gente. Los límites de la acción estarían dados, no sólo por el tipo de interacciones

<sup>21</sup> El trabajo de George Simmel resulta relevante, entre otras cosas, por haberse desarrollado durante la misma época y situación social de Max Weber.

<sup>22</sup> Norbert Elías se refiere a la individualización de los hechos sociales como el proceso que refiere a la inscripción en cada miembro del grupo de los símbolos sociales, no como algo suplementario y adicional sino como formas que se convierten en una pauta personal de conducta y sensibilidad (en una estructura individual de la personalidad), en una actitud social (que el individuo comparte con los demás) a partir de la cual se desarrolla su diferencia frente a los miembros de otros grupos. Véase N. Elías, *Sobre el tiempo*, México, 1989.

La individualización de los hechos sociales se liga indefectiblemente con los procesos de internalización de la cultura; esto es, con procesos de construcción de las subjetividades. Pierre Bourdieu analiza este proceso a través de su concepto de *habitus*, que supone la existencia de una estructura mental o cognitiva internalizada, por medio de la cual lo mismo el individuo que las colectividades manejan el mundo social. El *habitus* es fundamentalmente producto de la sociedad; sin embargo, conforme actúa sobre el campo de la acción se transforma al mismo tiempo en productor de la misma.

sino fundamentalmente por la existencia de estructuras coercitivas más amplias.<sup>23</sup>

El objetivo de Simmel en sus trabajos sobre los interactores que constituían las estructuras y las instituciones sociales, siguió siendo el intento por llegar a construir una descripción del comportamiento colectivo, aunque ahora desde el análisis de las formas que adquiriría la interacción individual y los tipos de interactores. No obstante, es a partir de él que la sociología voltea la mirada hacia el estudio de los individuos y la acción individual. De este modo, la importancia de Simmel radica pues, en ser uno de los primeros pensadores en romper la tradición de la sociología que, al hacer hincapié en los aspectos societales, hacía una tabla rasa del individuo.<sup>24</sup>

La preocupación por el individuo durante el periodo clásico del pensamiento sociológico, sin embargo, no fue exclusiva de Simmel. Ya Herbert Spencer había llamado la atención sobre los fenómenos individuales; aunque se le recuerda más por su teoría de la evolución social, resalta su preocupación por el individuo y su comportamiento, en tanto que factores decisivos en la evolución de la sociedad.<sup>25</sup> Empero, la visión del análisis

<sup>23</sup> La propia perspectiva de Simmel respecto del desarrollo histórico, es reflejo de esta visión generalizadora y determinista, ya que para él la sociedad moderna es el resultado de un proceso creciente de pérdida de la importancia del individuo, provocado por la expansión de la cultura. G. Simmel, *La filosofía del dinero*, Madrid, 1976.

<sup>24</sup> La influencia de Simmel se sintió por mucho tiempo, principalmente, en la sociología norteamericana, y más específicamente en la escuela de Chicago. Con la escuela de Chicago, problemas como la pobreza, la falta de juicio, el suicidio, la ignorancia, la mendicidad, la prostitución, el alcoholismo, entre otros, se transformaron en los objetos sociológicos por antonomasia. Todos ellos eran considerados hechos sociales en el sentido durkhemniano y, por ende, conmensurables; y fue, justamente, a través de su medición que se pretendió encontrar sus causas en la sociedad. La investigación, o mejor dicho, la mediación de los hechos, se concibió como la búsqueda de medios que permitieran el diagnóstico de patologías, anomalías o disfunciones sociales con el fin de eliminar o reducir su efecto numérico en la sociedad. Fue así, como la preocupación durkhemniana por el comportamiento anómalo o patológico de los individuos mantuvo, y aún mantiene, su vigencia, merced al deseo de solucionar los problemas sociales mediante la reforma o reeducación de los individuos. Ritzer denomina a este deseo de mejorar las condiciones individuales *amellorismo*, sustantivizando el galicismo *amellorar* con el que intenta significar el deseo de procurar mejorar las condiciones de los individuos.

<sup>25</sup> H. Spencer manifiesta su preocupación por el individuo en su trabajo, *El individuo*

de la sociedad a partir del individuo acabó por encontrar su expresión más clara más tarde y por muy diversos caminos; en otras palabras, los análisis que comenzaron a darle un mayor énfasis al individuo y al acto individual no sólo se distinguieron de la corriente más colectivista de la sociología sino también corrieron por distintos derroteros. El camino tomado por las distintas escuelas se definió por su concepción respecto del propio individuo. Así, mientras que el pensamiento liberal defendió la agresividad y competitividad del individuo, la teoría crítica o escuela de Francfort se dedicó a destacar sus bondades y potencialidades, en tanto que factor de cambio y de transformación en la búsqueda de un orden verdaderamente racional que garantizara la libertad y felicidad humanas.

Los representantes de la escuela de Francfort criticaron la tendencia de los sociólogos a reducir todo lo humano a variables sociales. Tal tendencia surge, según su percepción, de la separación epistemológica entre sujeto y objeto, lo que conduce, inevitablemente, a la separación entre individuo y sociedad, por cuanto ésta se concibe sólo en su objetividad como constituida por elementos puramente extraindividuales y extrasubjetivos. Al describir la relación entre sujeto y objeto, Theodor Adorno afirma: "De ningún concepto de sujeto es posible separar mentalmente el momento de la individualidad".<sup>26</sup> De ello deriva la necesaria incorporación de la crítica y la superación de la individualidad del mundo moderno dentro del análisis de la totalidad social. No reconocer la interrelación dialéctica entre sujeto y objeto implica mantenerse,

---

*contra el Estado*, donde critica la desmesurada y nociva influencia del estado sobre la libertad individual. Spencer entendía al individuo, lo mismo que a la sociedad, como un organismos complejo en sí mismo, cuya multiplicación numérica, suma a los actos de diferenciación y a la complejidad de la unión de los grupos, provocaba la evolución de la composición social. La participación individual en el logro de esta composición era fundamental para este autor; tanto así, que define las actividades sociales como "...el resultado colectivo de los deseos individuales", cuya satisfacción a través de numerosas generaciones es lo que ha permitido el desenvolvimiento social. Para Spencer "... las estructuras y acciones sociales son precisamente el producto de los sentimientos humanos, guiados por las ideas, ya de los antecesores o de los contemporáneos. De esto se desprende que debe buscarse la interpretación de los fenómenos sociales en la cooperación de tales factores de generación en generación". H. Spencer, *El individuo contra el Estado*, Madrid, 1976, p. 101.

<sup>26</sup> T. Adorno, "Sobre sujeto y objeto", Buenos Aires, 1969, p. 143.

afirma Adorno, en el esquema tradicional de las ciencias naturales que viven y se sostienen justamente de su ruptura. Para trascender tal esquema resulta necesario restaurar el concepto de totalidad, no sólo como denuncia de la racionalidad burguesa capitalista que manipula la realidad y aliena al individuo, sino como el único camino capaz de retomar la interacción entre individuo y sociedad. Es precisamente György Luckács, el antecedente más directo de la escuela de Francfort, quien al recuperar el concepto de totalidad<sup>27</sup> define en un sentido dialéctico la relación entre las estructuras del capitalismo, los sistemas de ideas (conciencia de clase), el pensamiento individual y, en última instancia, la acción individual.

Max Horkheimer, por su parte, va más allá, a través de lo que llama una antropología crítica no sólo niega “que el curso de las cosas está dominado por una necesidad independiente de los hombres”, sino también cuestiona la existencia de una esencia humana unitaria.<sup>28</sup> Si se intenta comprender la relación que media entre la acción del individuo y la vida de la sociedad, asegura este autor, habrá que hacer referencia a hombres determinados, capaces de cambiar y configurar las condiciones sociales y de establecer una nueva relación con la naturaleza. Hablar de un hombre determinado implica, para Horkheimer, reconocer la psicología de los mecanismos inconscientes que inhiben el supuesto necesario para la autonomía; esto es, el trabajo solidario de la sociedad dirigido por la razón”.<sup>29</sup> De esta manera, la escuela de Francfort no sólo conduce su mirada hacia los aspectos macroculturales de la dominación capitalista, también analiza la represión cultural del individuo en la sociedad moderna. Con ello, destaca la iniciativa humana y su efectividad histórica en los cambios estructurales de la vida económica. Horkheimer pone en evidencia las mediaciones psíquicas existentes entre el dato económico y el hecho cultural, dando paso a la

<sup>27</sup> “El método dialéctico es el predominio metodológico de la totalidad sobre los momentos particulares... La totalidad concreta es la categoría auténtica de la realidad... La consideración de la génesis de la inteligibilidad de un objeto a partir de su función en una totalidad determinada... hace la concepción dialéctica de la totalidad la única capaz de comprender la realidad como devenir social”. G. Lukács, *Historia y conciencia de clase*, México, 1969, pp. 11-18.

<sup>28</sup> M. Horkheimer, “Observaciones sobre la antropología filosófica”, Buenos Aires, 1968.

<sup>29</sup> M. Horkheimer, *op. cit.*, 1968, p. 53.

dimensión activa y modificable del comportamiento social. Desde su perspectiva, lo que interesa es averiguar cómo los cambios estructurales “se transforman en cambios de todas las exteriorizaciones de la vida de los miembros de los diversos grupos de la sociedad por medio de su constitución psíquica tal y como existe en un instante dado”.<sup>30</sup> De este modo, propone la incorporación de la psicología para el entendimiento del comportamiento social y la constitución de la subjetividad humana.

No obstante, Herbert Marcuse al ocuparse de los efectos nocivos de la civilización y la cultura, es quien llega a incorporar más plenamente al análisis de los mecanismos de coerción social la integración del mundo subjetivo, fundamentalmente del inconsciente. Marcuse elabora su propia interpretación de la cultura a partir de reinterpretar las ideas de Freud acerca de la conciencia y del inconsciente.<sup>31</sup> Al tiempo que pone de manifiesto la irracionalidad de la racionalidad formal, a la que califica de instrumental, este autor descubre que la interioridad no se da al margen del espacio y el tiempo histórico, ya que la sociedad se manifiesta en cada hombre en particular; con lo cual se anticipa a la interpretación humanista que, centrada en la individualidad, pretende desentrañar las dimensiones sociales contenidas en el individuo. Estas dimensiones convierten la relación entre ser y conciencia en una especie de mezcla de pensamiento y ser, de realidad e interpretación, que remite a elementos más sencillos, a sujetos colectivos que, si bien encuentran sustento en las grandes estructuras, mantienen una directa relación con exigencias y facultades personales. De este modo, Marcuse incorpora la noción de sujeto histórico (al cual, dada la propia significación marcuseana, podríamos calificar de sujeto social) en sustitución del puro sujeto gnoseológico, derivado de la filosofía, al tiempo que trasciende el individualismo puro que, sin dejar de reconocer la existencia de estructuras extraindividuales, insiste en que ellas son producto de la acción y la negociación individual.

<sup>30</sup> *Ibid.*, pp. 31-32.

<sup>31</sup> Su objetivo declarado es “contribuir a la *filosofía* del psicoanálisis” para llegar a definir “una idea de civilización no represiva” que desmienta la afirmación freudiana de la permanencia e inevitabilidad de la penuria y la dominación. H. Marcuse, *Eros y civilización*, México, 1986, pp. 19-23.

Remitir los valores a la interioridad, a lo inexpresable, del mismo modo que contraponer la libertad interior a la fáctica, conduce a Marcuse a la concepción de la vida humana como determinada en la esencia de la alteridad; esto es, como continua reciprocidad y contraposición de individuos. La duplicidad entre lo factual y lo posible manifiestan la tensión entre el ser y el poder ser, que es lo que constituye la palanca, la fuerza del devenir y del porvenir. Sin embargo, este autor no deja de reconocer que en el mundo moderno la cultura ejerce tal violencia sobre el individuo que provoca la ruptura entre hombre y mundo; no obstante, no considera esta ruptura como condición *sine qua non* del orden social, sino como resultado de la inactividad del hombre frente a la sociedad. Así pues, se necesita de un nuevo sujeto en sustitución del hombre unidimensional que inactúa bajo el control y la violencia ejercida por la cultura. Este nuevo sujeto resulta ser la conciencia de los grupos y de los individuos en la lucha por la organización racional de la sociedad: contiene exigencias y facultades nuevas y reales, gracias a las posibilidades técnicas intrínsecas al elevado nivel productivo y tecnológico del mundo moderno.<sup>32</sup>

Una de las contribuciones más grandes de la teoría crítica radica en el hecho de haberse ocupado de la subjetividad, de la comprensión de los elementos subjetivos de la vida social.<sup>33</sup> Su enfoque, fundamentalmente dialéctico, sobre la totalidad, supone una preocupación por la interrelación entre los diversos ámbitos o esferas que conforman la realidad social. Por vía de su encauzamiento hacia la racionalidad, como el desarrollo más importante del mundo moderno, la teoría crítica pone el acento en los actores voluntaristas, sus sentimientos, sus relaciones interpersonales y, sobre todo, en sus esfuerzos conscientes por la autorganización.<sup>34</sup>

<sup>32</sup> Buena parte de la concepción que Marcuse sostiene sobre el nuevo sujeto y su trascendencia histórica se basa en la idea de que la técnica y la tecnología pueden tener un uso bueno o malo, dependiendo simplemente de los fines macrosociales; esto es, independientemente de su funcionamiento efectivo. Esta argumentación es calificada por Ferrarotti como "íntimamente contradictoria y viciada de ilusiones progresistas". F. Ferrarotti, *op. cit.*, 1990, pp. 60-61.

<sup>33</sup> Autores posteriores, como Habermas, cuyas primeras obras se ubicaron dentro de la corriente crítica, mantuvieron este interés por establecer la relación entre los factores subjetivos y los factores objetivos, los cuales no podían analizarse aisladamente.

<sup>34</sup> Rusconi afirma que la importancia de la escuela de Francfort radica en que

El interaccionismo simbólico y la teoría del intercambio también criticaron de otra manera la sobrestimación del carácter coactivo de las estructuras e instituciones sociales sobre la conducta de los grupos y los individuos. Su crítica se fundamentó en el hecho de que las teorías generalizadoras habían destacado de las instituciones y estructuras, sus elementos instrumentales de manipulación y control, pero habían obviado el papel de la persona en la configuración de tales estructuras e instituciones. A pesar de sus divergencias, ambas corrientes pusieron de manifiesto la importancia de la negociación individual en la conformación del orden social,<sup>35</sup> lo que contribuyó de manera decisiva al análisis de la subjetividad social a través de la persona.

Talcott Parsons ya había señalado la importancia de la persona como agente; es decir, en tanto que actuante poseedor de propósitos que manifiestan la existencia de una voluntad. Para este autor resultaba imposible explicar el orden social eliminando la subjetividad, es decir, eliminando el esfuerzo y las finalidades o metas de los actores. En su opinión, “los actores vuelcan su juicio subjetivo en cada acción y situación”. No obstante, tanto la acción como las metas pretendidas por los actores encuentran un límite en las “situaciones”: en las realidades que se encuentran fuera de su control. En Parsons la acción sigue siendo fundamentalmente normativa, en el sentido que implica una interpretación que sigue las pautas morales; por eso, lo importante de su análisis continúan siendo los mecanismos de internalización de las normas, de los objetos sociales.

---

reafirmaron, en el nivel teórico, la importancia del individuo, de la conciencia y de la relación entre el pensamiento y la acción; mientras que, en el terreno de la práctica, subrayaron la importancia de la acción individual para provocar el cambio social. G. E. Rusconi, *Teoría Crítica de la Sociedad*, Barcelona, 1969.

Por ello resulta paradójico, que a pesar del giro hacia el individuo, que desde el principio tiende al primado de éste, la teoría crítica o escuela de Francfort mantuviera siempre la premisa de Marx en la definición del proletariado como el único actor histórico, así como su visión del cambio a través de la sociedad.

<sup>35</sup> Mientras que para la teoría del intercambio la negociación individual constituía el fundamento de la vida institucional, para el interaccionismo simbólico ella era simplemente el medio para la autoexpresión de la persona. La raíz de tal diferencia estaba, tanto en el tipo de énfasis dado al análisis de la persona y a su conducta, al lugar otorgado a estas dos categorías dentro de su sistema conceptual, como en el contenido y significado mismo de persona y conducta.

En oposición a Parsons, George Homans, quien fuera el representante principal de la teoría del intercambio, se propuso restaurar la noción de la existencia de una identidad natural de intereses entre los seres humanos, a partir de una serie de proposiciones acerca de la conducta de los “hombres como hombres”.<sup>36</sup> Si bien reconoció que “los hechos sociales conducían a respuestas individuales”, afirmó categórico que también estas respuestas individuales “conducían a hechos sociales”. De este modo, pretendió “hacer regresar a los hombres al primer plano” del análisis social, al mismo tiempo, y esto es lo más importante, que descartar la posibilidad de que pudiera existir una razón más elevada que la del sentido común capaz de orientar las acciones. La acción se encuentra dirigida, afirma Homans, por las recompensas y los costos logrados a través del intercambio provocado en la interacción social cotidiana. La norma, en tanto que hecho social, “no constriñe automáticamente: los individuos la aprueban... porque juzgan ventajoso aprobarla”.<sup>37</sup> Homans pone así en entredicho la idea de que la acción se oriente por la búsqueda de un bien último a través del cual se pudiera llegar a realizar la vida social, despreciando la idea de que los actores pudieran llegar a trascender sus propios intereses. La naturaleza social se encuentra así, finalmente determinada por la naturaleza individual. Sería entonces, la cooperación entre individuos, que tendría que partir del reconocimiento de la existencia de intereses encontrados, lo que habría de mantenerse por encima de la noción moderna de comunidad que implica la creciente homogeneidad de los individuos.

<sup>36</sup> Para Homans, la conducta social no era sino “un intercambio de actividad, tangible o intangible, y más o menos gratificante o costosa, entre, al menos, dos personas”. G. C. Homans, *Social Behavior: Its Elementary Forms*, New York, 1961, p. 13.

Por cuanto a la noción de conducta como la de persona, en Homans mantuvieron como referencia teórica inmediata el conductismo de Skinner, en tanto que los rasgos de la conducta social bien podían reducirse a una serie de proposiciones derivadas de la conducta individual: es decir, a un conjunto de intereses basados en la naturaleza psicológica de los seres humanos. Homans partía de la idea de que la interacción de las personas se basaba en un intercambio continuo de costos y recompensas, cuyo fundamento se encuentra en el interés individual basado en una combinación de necesidades psicológicas y económicas. Y es a fin de garantizar este intercambio y evitar el conflicto que se advertía que los costos individuales tendrían que ser menores, ya fuera real o simbólicamente, que las recompensas obtenidas en el intercambio.

<sup>37</sup> G. C. Homans, *The Nature of social Science*, New York, 1967, p. 60.

Homans, más que ningún otro pensador, insistió en que el análisis sociológico se ocupara de las circunstancias cambiantes, de los elementos contingentes, en tanto que opuestos a los elementos estructurados que producen, o pueden llegar a producir, transformaciones en las conductas y comportamientos de los individuos y los grupos.<sup>38</sup> A pesar de que este autor reconoce que entre la conducta de los individuos y las reglas o normas se provocan una serie de tensiones, que bien pueden modificar la una o las otras, serán siempre estas conductas y nunca las reglas lo que prevalezca en su análisis.

La teoría del intercambio, al igual que la teoría crítica, dio un giro hacia el individuo, pero esto no supuso la incorporación del análisis de la subjetividad. Homans resulta ser el ejemplo más claro de cómo el análisis de los aspectos más individualistas pueden llevar, más bien, a un distanciamiento cada vez mayor de la noción de la complejidad de los fenómenos subjetivos y culturales. El análisis de la subjetividad se cumple, y no en último término, en favor del interés por encontrar los mecanismos que permitan superar, en el sentido hegeliano, lo establecido, como queda manifiesto en lo dicho sobre la teoría crítica.

El individualismo extremo de la teoría del intercambio<sup>39</sup> fue duramente criticado por el interaccionismo simbólico, cuyo origen sociopsicológico se deja ver en la influencia que las nociones y principios básicos de George Herbert Mead ejercieron sobre sus sucesores.<sup>40</sup> El interaccionismo simbólico pasa de centrar su

<sup>38</sup> Homans propuso que la teoría sociológica se desarrollara a través de un proceso inductivo que partiera de observaciones empíricas sobre las conductas individuales. Con esto insistió en que el propósito fundamental del análisis sociológico dejara de ser el diagnóstico social para la búsqueda de remedios a los conflictos generados por las estructuras sociales, y que pasara a ocuparse de la contingencia. La importancia de Homans, bien podría limitarse a la variación de la prioridad del análisis sociológico si no fuera por el impacto que su propuesta metodológica tuvo en el ámbito académico. La sociología, que partió de Homans, se convirtió en una especie de muestrario de escenarios posibles determinados por los cambios de conductas.

<sup>39</sup> Este individualismo extremo se mantuvo, aun cuando se hicieron intentos posteriores por avanzar en el análisis de las estructuras producto del intercambio. Entre estos intentos destaca, P. Blau, *Intercambio y poder en la vida social*, Barcelona, 1983.

<sup>40</sup> El presupuesto básico de Mead está contenido en su idea de *persona*, en tanto ente, que tiene conciencia (*self*), un yo interno. El *self* se modela mediante la continua interacción social (*self especular*), de modo tal que resulta imposible poder separar a las

análisis en aquellos factores que determinan la conducta humana, tales como los intereses económicos de George Homans, o las normas y pautas de Parsons, a definir los procesos a partir de los cuales los actores confieren significado a las fuerzas que actúan sobre ellos y sus propias conductas.<sup>41</sup> Esto significa que, aun cuando el interaccionismo simbólico orienta su preocupación hacia las conductas, no sostiene la misma visión individualista de la teoría del intercambio. El propio Mead define su objetivo en los siguientes términos:

...intentamos explicar la conducta del individuo en términos de la conducta organizada del grupo social en lugar de explicar la conducta organizada del grupo social en términos de la conducta de los distintos individuos que pertenecen a él.<sup>42</sup>

Así pues, para Herbert Blumer no existe una “tendencia preorganizada” del actor. Las acciones no se encuentran determinadas ni por las actitudes ni por impulsos independientes sobre los cuales no se tiene control ni tampoco por macrofuerzas exteriores al individuo. Los actores son tales, por cuanto poseen la capacidad de construir y reconstruir, de codificar y decodificar símbolos significantes. Esto es, en la medida en que dotan de significado la realidad que construyen en sus complejas dinámicas relacionales que supone la continua interacción social. Tal capacidad implica la existencia del sujeto, del *self*, del yo, del *me*; es decir, en el individuo existe la capacidad de relacionarse consigo mismo y por este medio consigue objetivarse, esto es, mirarse a través del otro.<sup>43</sup> Son precisamente estos símbolos significantes los que hacen posible la interacción, porque es a través de ellos como interactúan las personas. Los símbolos significantes permiten el desarrollo de pautas y de formas mucho más complejas de interacción social.

---

personas y su conciencia de su contexto social. Tanto Mead, como sus seguidores, mantuvieron la idea de que la conciencia de las personas se construía en los grupos primarios —en donde el más importante, aunque no el único, era la familia—, al establecer relaciones cara a cara que permitían la vinculación de la persona, como actor, con el resto del mundo. G. Mead, *Espíritu, persona y sociedad*, Buenos Aires, 1972.

<sup>41</sup> H. Blumer, *Interaccionismo simbólico*, Barcelona, 1982.

<sup>42</sup> G. H. Mead, *op. cit.*, 1972, p. 8.

<sup>43</sup> H. Blumer, *op. cit.*, 1982, p. 32.

El énfasis en el individuo había llevado a la suposición de la persona y su subjetividad; no obstante, tal subjetividad no podía quedar limitada a los procesos, a través de los cuales el individuo interiorizaba el mundo social. Aquí es donde entra la tarea de Alfred Schutz,<sup>44</sup> quien analiza la subjetividad, no como un mundo privado sino como un mundo común a todos, como intersubjetividad que se construye a través de la comunicación y la acción social existente en el presente vivido, en el mundo de la vida cotidiana o del sentido común”.<sup>45</sup> Este mundo nos es dado; sin embargo, en el individuo queda la capacidad de experimentarlo e interpretarlo. Es decir, el individuo, aunque condicionado y constraído por la cultura, se mueve en su cotidianeidad a partir de sus propias experiencias vividas. La gente crea la realidad social,<sup>46</sup> a la vez que se encuentra sujeta a las constricciones que ejercen sobre ella las estructuras sociales previamente creadas por sus antecesores.

A Alfred Schutz le siguen interesando las relaciones cara a cara, pero su preocupación fundamental no está en la interacción objetiva sino en la interacción subjetiva, en la intersubjetividad. Con Alfred Schutz la sociología llegó a delinear de un modo más claro la relación dialéctica existente entre el modo como las personas construyen la realidad social y la inexorable realidad social y cul-

<sup>44</sup> Aunque la obra de Alfred Schutz se remonta a la década de los treinta, ésta no fue conocida sino hasta después de su muerte, acaecida en 1959. Y no es sino hasta finales de la década de los sesenta que la sociología fenomenológica de Schutz comienza a tener auge, fundamentalmente gracias a los trabajos de Thomas Luckmann.

<sup>45</sup> El mundo de la vida cotidiana también fue analizado por Agnes Heller, quien, contraviniendo los postulados de Heidegger en *Ser y tiempo*, se esfuerza por demostrar que no tiene un carácter exclusivamente alienado. Heller analiza la vida cotidiana como el mundo de las objetivaciones, como el escenario en el que el individuo puede llegar a mantener una relación consciente con la especie humana. La vida cotidiana se presenta como la forma inmediata de la genericidad del hombre, como la base de todos los modos de reacción posibles a su medio ambiente social, no como manifestaciones puras sino más bien como disímbolas y heterogéneas. De acuerdo con este autor, “la vida cotidiana es el conjunto de actividades que caracterizan la reproducción de los hombres particulares, los cuales, a su vez, crean la posibilidad de la reproducción social”; además, “la vida cotidiana hace de mediadora hacia lo no cotidiano y es la escuela preparatoria para ello”; no obstante, tratándose de los hombres medios “la unidad de la personalidad se realiza en la vida cotidiana” de un modo total y definitivo. A. Heller, *Sociología de la vida cotidiana*, Barcelona, 1991, pp. 19, 25 y 26.

<sup>46</sup> Tal aseveración condujo a Berger y Luckmann a afirmar que el mundo social no

tural que les es dada. Actor y estructura social se concibieron como condicionándose mutuamente. De este modo, Schutz, sin dejar de reconocer que en el mundo moderno existen patrones generales, concluye que es en el mundo de la vida cotidiana donde las personas construyen el mundo social.<sup>47</sup>

A partir de este recorrido conceptual, en extremo reducido, con el que hemos querido mostrar cómo se fueron construyendo los elementos que permiten dotar de contenido a la categoría de *sujeto social*; pareciera que la atomización individualista y su consecuente caída en el psicologismo hubiese sido necesaria para la recuperación de aquellos aspectos que hacen referencia a procesos de individuación, de diferenciación, de alternidad y de identidad. Así pues, el rescate del individuo contribuyó en gran medida a colocar, de nueva cuenta, en el primer plano del análisis sociológico al hombre, en tanto producto y productor de la sociedad y de la historia, pero también permitió cuestionar el proceso de socialización del individuo. La crítica a la reducción de todo lo humano a variables sociales logró que la sociedad fuera vista desde la

---

era sino producto cultural de los procesos conscientes. P. Berger y T. Luckmann, *La construcción social de la realidad*, Buenos Aires, 1968.

Esta visión llevó, en la década de los ochenta, al constructivismo radical “que sostiene que el mundo en el que parecemos vivir lo debemos sólo a nosotros mismos”. Desde el punto de vista del conocimiento, el constructivismo radical afirma que, en tanto el mundo que vivimos y experimentamos es necesariamente construido, el conocimiento no es sino una realidad inventada, “construida por aquellos que intentan descubrirla e investigarla”. E. Glasersfeld Von, “Introducción al constructivismo radical”, Barcelona, 1990.

El constructivismo radical llega al extremo de afirmar que incluso “el medio ambiente, tal como nosotros lo percibimos, es invención nuestra”. “Construyendo una realidad”, Barcelona, 1990, p. 38.

<sup>47</sup> Schutz afirma que las personas interactúan subjetivamente, a partir de tipificar su propia situación dentro del mundo social y las diversas relaciones que tiene con sus semejantes y con los objetivos culturales. A. Schutz, *Estudios sobre teoría social*, Buenos Aires, 1974. Las tipificaciones constituyen constructos de primer orden, que se forman al eliminar las características individuales y particulares y al concentrarse en los rasgos más generales y uniformes de la conducta humana. Estas tipificaciones son construcciones sociales anteriores que le dan sentido y significado al mundo social. Ellas se adquieren por medio de la sociabilidad; sin embargo, Schutz junto con Luckmann, enfatizan la existencia recurrente de situaciones problemáticas en las que las tipificaciones aprendidas no funcionan. Es en el mundo de la vida cotidiana donde las tipificaciones se prueban y modifican en caso de ser necesario. A. Schutz y T. Luckmann, *Las estructuras del mundo de la vida*, Buenos Aires, 1977.

individualización de los hechos sociales. Con esto, la vida humana comenzó a mirarse como alteridad, como continua reciprocidad y contraposición, como heterogeneidad y diversidad. Al rescatar en un nuevo sentido la voluntad, los sentimientos, los deseos y las aspiraciones de los actores, se les dotó de un carácter más dinámico; es decir, comenzó a vérselos como agentes actuantes, poseedores de propósitos.

Con el análisis de los mecanismos de represión cultural del individuo se amplió al plano social e histórico la noción restringida del sujeto gnogeológico. Pero también se abrieron y diversificaron los espacios sociales. De una parte, se incorporaron las circunstancias cambiantes o elementos contingentes, ya no como simples desviaciones del funcionamiento normal de los sistemas sino como elementos que contienen lo nuevo, lo inédito, lo que está por emerger. Pero, por otro lado, se reconoció que la vida cotidiana era un espacio social en el que se construía y reconstruía la realidad y que por ello, a pesar de su apariencia caótica, mantenía una estructura profunda que, precisamente por su heterogeneidad, representaba la complejidad de la realidad social.

## **De la subjetividad al sujeto social**

Con todo, hoy en día, la trascendencia del psicologismo, que presenta a la conciencia como débil subjetividad, representa aún uno de los retos más importantes planteados a la sociología. El fin del humanismo individualista y de la identidad del sujeto como situación dada y congelada resulta, hoy más que nunca, imprescindible para lograr conjuntar, en el análisis, la conciencia y la construcción de la subjetividad con las grandes estructuras e instituciones sociales. Tal empresa, sin embargo, no está ajena a las dificultades.<sup>48</sup> No se trata sólo de la dificultad que implica el integrar

<sup>48</sup> Alexander afirma que el trabajo de Parsons se orientó en esta dirección. Su intento se encaminó a integrar los postulados de la teoría freudiana, centrada en el individuo, con los principios societales y culturales de Weber. Sin embargo, como el propio Alexander reconoce, no logró, a pesar de todos sus esfuerzos, desprivilegiar los actores sociales, sus pensamientos y acciones normativas en detrimento de la acción instrumental. J. Alexander, *op. cit.*, 1995, pp. 33 y siguientes.

los postulados derivados de diferentes propuestas teóricas, como afirman George Ritzer y Jeffrey Alexander, sino de enfrentar que el mundo se vuelve más complejo y dinámico.

Es a partir de la década de los ochenta cuando la creciente complejidad del mundo, así como el aceleramiento de la dinámica social, han hecho surgir otras tendencias que intentan buscar un nuevo paradigma que logra conjuntar los distintos aspectos teóricos abordados y enfatizados por las diversas corrientes teóricas heredadas.<sup>49</sup>

Es un hecho que la incorporación de la subjetividad, que supuso el tendido previo de un puente definido por el giro hacia el individuo y la individualidad, acabó con el tono absoluto triunfalista que caracterizó al sociologismo y al paradigma de los hechos sociales. No obstante, también es cierto que a ello ha contribuido enormemente el que estemos “asistiendo a la agonía del individuo autónomo y autosuficiente”,<sup>50</sup> pretendido por la modernidad.<sup>51</sup> El que se muestre de modo más evidente el derrumbe del proyecto de la modernidad (que se contradice cada vez más claramente con una realidad en emergencia, que de manera constante niega su potencialidad y viabilidad),<sup>52</sup> ha provocado una especie

<sup>49</sup> Para Ritzer la finalidad buscada en esta época resulta ser la de encontrar una síntesis teórica a partir de la metateorización de la sociología, es decir, a partir de una reflexión sobre la teoría sociológica.

<sup>50</sup> F. Ferrarotti, *op. cit.*, 1990, p. 53.

<sup>51</sup> Ervin Laszlo define al hombre producto de la modernidad como un “notable homínido”, como *homo modernus*, al que califica de un “animal extraño” que vive en una selva, beneficia a la humanidad por medio de la búsqueda de los beneficios materiales, confía en que las fuerzas invisibles remediarán los males, rinde culto a la eficiencia, está dispuesto a fabricar, vender y consumir prácticamente cualquier cosa (sobre todo si es nueva), ama a sus hijos, pero es indiferente al destino de la generación siguiente, desdeña las cosas que no producen beneficios inmediatos o que no son mensurables en dinero, y está dispuesto a luchar por su país porque también su país debe luchar para sobrevivir en la jungla internacional”, Sin embargo, —continúa este autor—, “los valores y creencias del *homo modernus* se han tornado obsoletos”, aunque ello no signifique que no permanezcan aún como “la base de la mayor parte de nuestras prácticas económicas, sociales y políticas”. E. Laszlo, *La gran bifurcación. Crisis y oportunidad: anticipación al nuevo paradigma que está tomando forma*, Barcelona, 1993, pp. 55 y 57.

<sup>52</sup> Laszlo parte de la proposición de “que la época en que vivimos se ha tornado obsoleta”, E. Laszlo, *op. cit.*, 1993, p. 50.

En el mismo sentido, Drucker afirma que la existencia de las nuevas realidades, que define como “líneas divisorias”, como “hechos de frontera que, sin ser espectaculares,

de desencanto respecto de los grandes metarrelatos, una actitud de desconfianza frente a los grandes modelos explicativos universalistas y a su consecuente tendencia triunfalista. La emergencia de nuevas realidades que reclaman ser comprendidas y explicadas, junto con el desencanto frente a la modernidad (atribuido al manifiesto fracaso de planos y programas sociales para remediar la carencia universal y a la perversión de políticas y sistemas sociales de todo tipo en todo el orbe), han hecho crecer el tono “crítico disolutivo”<sup>53</sup> que no siempre, empero, cuestiona la conveniencia de los grandes paradigmas teóricos; aunque sí haya llegado, por diversas rutas, al reconocimiento de la aplicabilidad del *principio de incertidumbre* en las ciencias sociales,<sup>54</sup> al recono-

---

están siendo capaces de cambiar el panorama social y político mundial”, demuestran la obsolescencia del mundo moderno. Las líneas divisorias confirman la existencia de una reorganización de los espacios actuales, la existencia de un periodo que ya comenzó y en el que se van eliminando progresivamente las viejas y las nuevas realidades hacia la configuración de un anticipado siglo XXI. P. Drucker, *Las nuevas realidades. En el Estado... En la economía y los negocios... En la sociedad y en la imagen del mundo*, Barcelona, 1989.

<sup>53</sup> Ortega Esquivel afirma que tanto el derrumbe del socialismo real, como las decepciones y el descrédito del “progreso” prometido por la racionalidad capitalista, “han sorprendido al pensamiento, lo han estampado, lo han desbordado, evidenciando sus limitaciones, sus debilidades, su escaso rendimiento teórico”. A. Ortega Esquivel, “Las ciencias sociales: entre el cinismo y la perplejidad”, México, 1994, p. 16.

Por su parte, Ferraroti, analiza el mito del progreso inevitable, planteando que este mito se ha derrumbado por las contradicciones internas que lo han vaciado poco a poco al hacer coincidir la historia ideal, a la cual se apuntaba, con las actuales “sociedades masificadas y aplastadas”. La fe en el progreso que, a finales del siglo pasado, se convirtiera en una especie de “religión laica”, tan segura de sí que lo llegó a transformar en “una fatalidad cronológica”, se ha convertido, en el umbral del siglo XX, en “miedo, desconfianza, pánico”. P. Ferraroti, *The Myth, Inevitable Progress*, 1985.

<sup>54</sup> *El principio de incertidumbre* deriva de la física y se define por el teorema que afirma que de una partícula microscópica puede conocerse su posición, pero no puede afirmarse el tiempo exacto en el que va a estar en esa posición, y, al contrario, se puede afirmar en qué tiempo puede encontrarse tal partícula en una determinada región o intervalo espacial, pero no se puede conocer exactamente su posición. Habría, sin embargo, que distinguir el principio de incertidumbre del sentimiento de incertidumbre; esto es, de la sensación de encontrarnos viviendo en un mundo en estado de crisis permanente, una crisis que, por otra parte, ha llegado a abarcar todos y cada uno de los espacios sociales e individuales de la vida. Ciertamente, como afirma Casullo, “la modernidad en crisis (desde determinadas experiencias e interpretaciones) es un dato que se remonta a la génesis de lo moderno y que lo acompaña sin desmayo; sin embargo, lo particular de la actualidad es que la modernidad, como crisis, como crítica de sus verdades, ya no sólo se está interiorizando “en individualidades atormentadas, en una

cimiento de que se han comenzado a abrir fisuras en las estructuras que sostienen nuestras vidas y sociedades.

Cuando el *principio de incertidumbre* se ha ligado al desencanto generado por la incapacidad de los distintos sistemas sociales conocidos para solucionar las necesidades fundamentales de los hombres y las mujeres de las distintas latitudes, a pesar del alto desarrollo alcanzado por la tecnología, no ha tenido cabida más que ese tono apocalíptico que según Gianni Vattimo es lo característico de las interpretaciones de lo postmoderno.<sup>55</sup> La visión apocalíptica se ha hecho acompañar de un creciente escepticismo epistemológico.<sup>56</sup>

---

circunstancia pleyade de enjuiciadores, en algunos textos puntuales que perciben la obscuridad del futuro, sino que aparece como un creciente y generalizado espíritu de época". N. Casullo, *El debate modernidad posmodernidad*, Buenos Aires, 1989, p. 14.

Para Laszlo nuestra época ha "llegado a ser llamada la era de la incertidumbre, la época de las sorpresas". Esto no significa "renunciar a la idea de que la historia se rige por leyes propias", pero se trata de leyes no deterministas; esto es, "no necesariamente especifican un hecho único", más bien, son leyes probabilísticas que proporcionan "los fundamentos para grandes conjuntos de hechos, ninguno de los cuales es más probable que el otro". E. Laszlo, *op. cit.*, 1993, pp. 96-97.

<sup>55</sup> La visión apocalíptica convierte a los cambios en evidencias de "un proceso social en fase entrópica"; al asombro ante las realidades inéditas en una "suerte de fracaso para decir que está pasando"; a la necesidad de construcción de nuevas formulaciones teóricas en "perplejidad, que se experimentan como crisis de la interpretación", es decir, en "incapacidad analítica, crítica y reflexiva"; a la contrautopía o distopía en la característica de nuestro siglo; y, finalmente, a los posibles horizontes históricos en un futuro envuelto en una atmósfera catastrófica, negando con ello la capacidad humana de señalar opciones históricas. Claros ejemplos de esta visión los encontramos en P. Drucker, *op. cit.*, y en J. Attali, *Milenio*, México, 1992.

Lyotard afirma que la entropía aparece como única alternativa cuando se considera que la "verdadera fiabilidad del sistema, eso para lo que él mismo se programa como maquinaria inteligente, es la optimización de la relación global de sus *input* con sus *output*, es decir, su performatividad". J. F. Lyotard, *La condición posmoderna*, México, 1993, p. 30. Para una sugerente propuesta de análisis sobre la utopía, la contrautopía y la ironía, véase G. Vattimo, *op. cit.*, 1993, pp. 95-112.

<sup>56</sup> Ante la incapacidad de su cabal comprensión, la emergencia de nuevas realidades se ha interpretado como la irrupción violenta de hechos irracionales que han terminado por develar, como afirma Vattimo, que el valor de la verdad no ha sido más que un engaño de la modernidad. *Ibid.*, p. 30.

El optimismo epistemológico está siendo sustituido por un "escepticismo hacia el poder de la razón humana, hacia el poder del hombre para discernir la verdad y adquirir conocimiento" porque, como afirma Karl Popper, el escepticismo "está invariablemente ligado con la desconfianza hacia el hombre". K. Popper, *Conjeturas y refutaciones*, Buenos

Sin embargo, tan rápido como se han desarrollado los acontecimientos, una visión más optimista, que no abdica al escepticismo y que supone el principio de incertidumbre, pero que, a diferencia de las visiones catastróficas, no admite la total renuncia personal a las “apariencias” ni el “abandono de toda creencia con respecto a cómo son las cosas”,<sup>57</sup> se ha opuesto a esta visión catastrófica y apocalíptica. Con ello se han sentado las bases para afirmar: “sólo podemos predecir la probabilidad de que se produzca una de las muchas estructuras posibles” porque la “selección entre la serie... de estados estables alternativos no está predeterminada”.<sup>58</sup> Esta idea crece en importancia cuando se acepta que en periodos de turbulencia, como el que estamos viviendo, los factores azarosos aumentan.<sup>59</sup> A la visión catastrófica se opone así la visión de la bifurcación, es decir, la búsqueda de sistemas viables en la naturaleza y para la sociedad.<sup>60</sup> El principio de bifurcación implica el derrumbe del principio teleológico del paradigma de las determinaciones, que presupone la monocausalidad de los fenómenos y la consecuente reducción de la dinámica histórica a una sola dirección.

Zemelman y Valencia definen los sujetos sociales como “formas particulares de expresión social” que “se constituyen como mediaciones de poder y de lucha entre la estructuración de la

---

Aires, 1983, p. 26.

Ahora bien, ni el escepticismo ni la visión catastrófica y apocalíptica niegan la racionalidad de lo real, por el contrario, más bien llevan su existencia al extremo, la exacerban, al dar por un hecho que lo que ocurre es producto de la fatalidad y que lo único que importa es llegar a descubrir el nexo de monocausalidad.

<sup>57</sup> Este escepticismo defiende “el punto de vista de que nada sabemos, o de que nada es cierto, o de que todo puede ponerse en duda” respecto del mundo que nos rodea, y por tanto no necesariamente se aplica a todo lo que creemos. Para este escepticismo el que existan creencias de las que más vale dudar no niega por sí mismo que otras tantas se mantengan inalteradas. Para una aproximación a los distintos significados del escepticismo filosófico en la actualidad, véase B. Stroud, *El escepticismo filosófico y su significación*, México, 1991.

<sup>58</sup> E. Laszlo, *op. cit.*, 1993, p. 10.

<sup>59</sup> *Ibid.*, p. 96.

<sup>60</sup> “... el significado básico de bifurcación es un súbito cambio de dirección en la manera en que los sistemas se desenvuelven”. La bifurcación abre caminos viables cuando un proceso alcanza un punto crítico de tensión o saturación, entonces el proceso vira; esto es, los sistemas viables encuentran una nueva manera de existir y desenvolverse. *Ibid.*, pp. 42-45.

sociedad a partir de la división social de trabajo y las formas clasistas de expresión política”.<sup>61</sup> En esta definición destacan dos atributos fundamentales de los sujetos sociales, a saber: *i)* en tanto que expresión social, los sujetos sociales representan aspectos y actitudes particulares que tienden a mostrarse y a adquirir una cierta fisonomía a través del discurso que elaboran; y *ii)* en tanto que mediaciones de poder y lucha, representan prácticas y formas de organización específicas. El que los sujetos sociales se constituyan entre la estructuración de la sociedad y las formas de expresión política define los espacios en los que, al mismo tiempo que derivan, se construyen las subjetividades colectivas o formas de expresión social. De esta manera, el carácter de expresión social de los sujetos sociales convierte a la subjetividad en un producto no predeterminado por la acción que realizan los agentes sociales. La acción se encuentra mediada por los sujetos sociales, de tal forma que no puede ser pensada sin la voluntad de los actores, ni las transformaciones realizadas como simple resultado de la acción independiente de la voluntad. Por ello, en la definición de Zemelman y Valencia, movimiento, actor y fuerza, son al mismo tiempo aspectos y momentos en la constitución del sujeto social, en tanto que “colectivo que potencia realidades posibles”.

Sin embargo, los sujetos sociales también son “una colectividad donde se elabora una identidad y se organizan prácticas, mediante las cuales sus miembros pretenden defender sus intereses y expresar sus voluntades, al mismo tiempo que se constituyen en esas luchas.”<sup>62</sup> En otras palabras, se trata de conglomerados humanos, de formas de organizaciones específicas para la participación social. El que el sujeto social sea una forma específica de expresión social no evita que se trate, simultáneamente, de una organización unificada, de una estructura con normas precisas de incorporación que definen el comportamiento esperado de quienes la constituyen. En tanto organización, los sujetos sociales definen las pautas de comportamiento de los sujetos individuales; sin embargo, no como elementos que constriñen, sino pasando de un estado de homogenei-

<sup>61</sup> H. Zemelman y G. Valencia, “Los sujetos sociales, una propuesta de análisis”, México, 1990, p. 90.

<sup>62</sup> E. Sader, “La emergencia de los nuevos sujetos sociales”, México, 1990, p. 82.

dad incoherente y relativamente indefinido hacia un estado de heterogeneidad más definida y coherente.

Desde la perspectiva del sujeto social, el actor se transforma en un proceso, a través del cual él mismo se va conformando como agente, como movimiento. En su actuar participan, no un sentido sino varios,<sup>63</sup> por cuanto se define su acción como consciente y deliberada en la dirección que tomaría la dinámica histórica. En la acción, los actores sociales pueden devenir en sujetos sociales pero también pueden llegar a desarticularse o no llegar a constituirse.<sup>64</sup> La acción misma define a los actores como un proceso de continua formación. A través de su hacer, los actores representan una fuerza que se manifiesta en su presencia y permanencia en el conjunto social y cuyo grado puede ser variable.

Así pues, lo que puede llegar a decirse de los sujetos sociales no se agota en la explicación de sus funciones. Los sujetos sociales adquieren configuración en el conjunto de las tensiones provocadas por la manera como se estructuran las diversas esferas o dimensiones de lo social, lo individual y lo físico, lo que incluye las distintas dimensiones del tiempo y del espacio.<sup>65</sup> La categoría de *sujeto social* en tanto totalidad que incluye necesidad, experiencia y utopía, permite no separar lo que en la realidad conforma una unidad diferenciada; es decir, posibilita el trascender la visión dicotómica del mundo. Por ello, no es posible definir al sujeto social por sus funciones que reducen su hacer en tanto actor; se trata, más bien, de estructuras que tienden a estados de creciente

<sup>63</sup> Estos sentidos pueden ser internos o externos, que omiten o permiten; pero, al mismo tiempo, pueden ser también implícitos o explícitos, únicos o múltiples, referido a otro o a otros (o incluso a sí mismo). El sujeto social es, pues, un actor hipotético; esto es, una categoría de análisis que incorpora la conexión de sentido weberiana que supone toda acción social. La conexión de sentido se refiere a las tres dimensiones de la subjetividad: lo racional, lo axiológico y lo afectivo, en donde entra lo deseado y lo esperanzado. Véase al respecto la obra de M. Weber, *Economía y sociedad*, México, 1974.

<sup>64</sup> H. Zemelman y G. Valencia, *op. cit.*, 1990, p. 90.

<sup>65</sup> Se trata de tender una red de mediaciones que permitan reconocer el conjunto de tensiones que se provocan entre las condiciones estructurales y el hacer cotidiano de los particulares que constituyen los distintos sujetos sociales. Es decir, se trata de incluir la conformación del mundo de las objetivaciones o proceso de objetivación humana, porque es en el espacio de la experiencia vivida donde se configuran las nuevas identidades colectivas. A. Heller, *op. cit.*, 1972.

tamaño, complejidad y dinamismo, a niveles más elevados de organización y a una más estrecha interacción con el medio. En otra parte, afirmamos que

la categoría de *sujeto social* abarca los aspectos más variados de la vida social (materiales, simbólicos, individuales, familiares o colectivos, etc.). Esta diversidad obedece a factores de distinta naturaleza que van desde las diferencias geográficas hasta las situaciones económicas y niveles educativos, pasando por condiciones como la edad, el sexo, la ocupación, etc. En conjunto, estos factores dispensan la formación y reproducción de redes de relación social más o menos delimitadas, que desarrollan elementos culturales distintivos a partir de los cuales los sujetos refuerzan sus vínculos sociales internos y construyen una identidad colectiva que les es propia y que tiende a ser contrastante y excluyente respecto a otras identidades.<sup>66</sup>

Esto significa que los sujetos sociales tienen diferenciación con integración; es decir, que conforman una unidad en la diversidad.

Los cambios en el comportamiento, en las motivaciones que guían las acciones desarrolladas, son señales de la emergencia de nuevos sujetos sociales. Los nuevos sujetos sociales emergen como resultado de las fluctuaciones cruciales,<sup>67</sup> pero simultáneamente resultan ser los creadores de esas mismas fluctuaciones. Los sujetos sociales son tales, por cuanto pueden dirigir las bifurcaciones, desde dentro, orientando de forma azarosa la interacción de las fluctuaciones. No obstante, la orientación sólo es plausible cuando se cobra conciencia de la diversidad de opciones: qué dirección habrá de tomar la dinámica social. Es decir, cuando se arriba a un “nivel superior de deliberación con dimensiones nuevas de poder y capacidades para implementar el propósito”. La homogeneización y la centralización propias de las clases sociales dan paso

<sup>66</sup> M. Carrillo y A. Favela, “Los nuevos sujetos sociales. Una aproximación epistemológica”, México, 1995. De una manera similar se expresa Guillermo Bonfil Batalla cuando se refiere a la diversidad de culturas y de entes culturales. Su visión respecto de los factores que permiten la diversidad de culturas y subculturas resulta de gran valía para la construcción de una categoría de sujeto social más completa. G. Bonfil Batalla, *Pensar nuestra cultura*, México, 1991.

<sup>67</sup> Las fluctuaciones sociales se conciben como la interrelación de fuerza, condición y estructuras en constante movimiento. Incluyen nuevos modos de vida, pautas de conducta alternativas y diferentes tipos de movimientos innovadores y contestatarios.

a la descentralización mitigada con coordinación de los sujetos sociales. Se trata de unidades integradas, pero diversificadas, dinámicas, complejas y descentralizadas en muchos niveles y, además, pueden sobrevivir o no. De manera latente, los sujetos sociales tienden a mostrar la diversidad y pluralismo del mundo social. Tal diversidad y pluralismo definen la multiplicidad de sus acciones, cuyos resultados diferenciados dan origen a una nueva serie de acciones diferenciadas. Pero también indica la posibilidad de pasar de un crecimiento extensivo a uno intensivo; es decir, la posibilidad de crecer en múltiples conexiones de grupos, culturas, sociedades y civilizaciones a través de un proceso de convergencia.<sup>68</sup> Este proceso constituye a la vez, la causa y el efecto de la complejización ininterrumpida de la realidad, pero, sobre todo, sugiere la recombinación transversal de las clases sociales, al interior de lo que en otra parte llamamos constitución de sujetos "híbridos".<sup>69</sup> La diversidad encuentra su contraparte en la tendencia a unificar y uniformar culturalmente a los sujetos particulares. La hibridación se genera, pues, en las tensiones provocadas entre diversidad y uniformidad.

La convergencia en un objetivo común no conduce a crecientes similitudes entre quienes conforman los sujetos sociales y, en última instancia, a su uniformidad, dado que la forma como se

<sup>68</sup> En otro texto nos referimos a este proceso de convergencia con el término intersección; sin embargo, hoy nos parece que tal término enfatiza la confluencia de dos o más intereses, de dos o más sectores o clases sociales diferentes, pero puede encubrir el proceso de intercambiabilidad de posiciones y espacios que presupone la convergencia. La convergencia no sólo remite a la intercambiabilidad de posiciones y espacios, sino al flujo de energía duradero que actúa sobre sistemas organizados dentro de ciertos parámetros de intensidad (acción, estructuración e identidad) permisibles. Esto significa que los ciclos básicos de desarrollo tienden a entremezclarse dentro de ciclos emergentes. La convergencia sigue significando que un cierto sujeto colectivo puede estar formado por una clase social, pero también por individuos que provienen de distintas clases sociales, lo mismo que una subclase o fracción de clase puede llegar a constituirse en sujeto social.

<sup>69</sup> "La hibridación destaca el producto del desarrollo de interconexiones, la recombinación de las redes de relaciones sociales que rompe lo establecido y delimita de otro modo los factores que propician la formación y reproducción de nuevos poderes y capacidades. Así, con la hibridación se diversifican modos de hablar, formas de conducta, valores y símbolos, habilidades, creencias, disciplinas y adiestramiento, delineando nuevos perfiles. La hibridación contempla lo que queda en el campo de lo todavía no delimitado en la realidad". M. Calvillo y A. Favela, *op. cit.*, 1995, p.70.

estructuran los sujetos sociales sus participantes se completan y complementan. A través de la convergencia se crean nuevas y más elevadas formas de organización y participación que descartan, selectivamente, muchos detalles de la dinámica de sus componentes e imponen una restricción interna de fuerza a las clases grupos, etnias, nacionalidades, culturas e identidades a incorporarse a un modo colectivo de funcionamiento. Este modo, que es el de los sujetos emergentes mismos, resulta ser más simple que la suma de las funciones coordinadas. Sin embargo, es en virtud de la creación de organizadores de nivel progresivamente más elevado con una estructura inicialmente más simple, que pueden emerger nuevos sujetos sociales. A cada paso, los nuevos sujetos sociales explotan la energía libre de su medio social. Y a medida que la densidad de esta energía es retenida por los sujetos sociales aumenta, y con ello los sistemas adquieren mayor complejidad estructural.

En suma, la crisis crean sujetos dinámicos comparativamente simples en determinados niveles de organización. Los procesos conducen luego al progreso de los sistemas existentes y, por último, a la creación de sistemas más simples en un nivel de organización superior siguiente, de los actores sociales, donde la complejización vuelve a empezar; es decir, una especie de tránsito de un sector social a otro, de una nacionalidad a otra, de una clase social a otra y, por ende de una identidad a otra.

Los nuevos sujetos sociales emergen desde la periferia de la propia estructura social; provienen del fondo del tejido social. Aparecen cuando la creencia en el orden social dominante se debilita. No se trata, pues, de apariciones repentinas, sino de la emergencia de lo excluido, de vestigios de divisiones y exclusiones pasadas, se trata de realidades contingentes que han permitido un modo distinto de intercambiar experiencias, necesidades y proyectos utópicos, la autoconciencia de la construcción de la realidad, por lo que pueden llegar a proporcionar un guía en la selección de objetivos y ambiciones.

a la descentralización mitigada con coordinación de los sujetos sociales. Se trata de unidades integradas, pero diversificadas, dinámicas, complejas y descentralizadas en muchos niveles y, además, pueden sobrevivir o no. De manera latente, los sujetos sociales tienden a mostrar la diversidad y pluralismo del mundo social. Tal diversidad y pluralismo definen la multiplicidad de sus acciones, cuyos resultados diferenciados dan origen a una nueva serie de acciones diferenciadas. Pero también indica la posibilidad de pasar de un crecimiento extensivo a uno intensivo; es decir, la posibilidad de crecer en múltiples conexiones de grupos, culturas, sociedades y civilizaciones a través de un proceso de convergencia.<sup>68</sup> Este proceso constituye a la vez, la causa y el efecto de la complejización ininterrumpida de la realidad, pero, sobre todo, sugiere la recombinación transversal de las clases sociales, al interior de lo que en otra parte llamamos constitución de sujetos "híbridos".<sup>69</sup> La diversidad encuentra su contraparte en la tendencia a unificar y uniformar culturalmente a los sujetos particulares. La hibridación se genera, pues, en las tensiones provocadas entre diversidad y uniformidad.

La convergencia en un objetivo común no conduce a crecientes similitudes entre quienes conforman los sujetos sociales y, en última instancia, a su uniformidad, dado que la forma como se

<sup>68</sup> En otro texto nos referimos a este proceso de convergencia con el término intersección; sin embargo, hoy nos parece que tal término enfatiza la confluencia de dos o más intereses, de dos o más sectores o clases sociales diferentes, pero puede encubrir el proceso de intercambiabilidad de posiciones y espacios que presupone la convergencia. La convergencia no sólo remite a la intercambiabilidad de posiciones y espacios, sino al flujo de energía duradero que actúa sobre sistemas organizados dentro de ciertos parámetros de intensidad (acción, estructuración e identidad) permisibles. Esto significa que los ciclos básicos de desarrollo tienden a entremezclarse dentro de ciclos emergentes. La convergencia sigue significando que un cierto sujeto colectivo puede estar formado por una clase social, pero también por individuos que provienen de distintas clases sociales, lo mismo que una subclase o fracción de clase puede llegar a constituirse en sujeto social.

<sup>69</sup> "La hibridación destaca el producto del desarrollo de interconexiones, la recombinación de las redes de relaciones sociales que rompe lo establecido y delimita de otro modo los factores que propician la formación y reproducción de nuevos poderes y capacidades. Así, con la hibridación se diversifican modos de hablar, formas de conducta, valores y símbolos, habilidades, creencias, disciplinas y adiestramiento, delineando nuevos perfiles. La hibridación contempla lo que queda en el campo de lo todavía no delimitado en la realidad". M. Calvillo y A. Favela, *op. cit.*, 1995, p.70.

estructuran los sujetos sociales sus participantes se completan y complementan. A través de la convergencia se crean nuevas y más elevadas formas de organización y participación que descartan, selectivamente, muchos detalles de la dinámica de sus componentes e imponen una restricción interna de fuerza a las clases grupos, etnias, nacionalidades, culturas e identidades a incorporarse a un modo colectivo de funcionamiento. Este modo, que es el de los sujetos emergentes mismos, resulta ser más simple que la suma de las funciones coordinadas. Sin embargo, es en virtud de la creación de organizadores de nivel progresivamente más elevado con una estructura inicialmente más simple, que pueden emerger nuevos sujetos sociales. A cada paso, los nuevos sujetos sociales explotan la energía libre de su medio social. Y a medida que la densidad de esta energía es retenida por los sujetos sociales aumenta, y con ello los sistemas adquieren mayor complejidad estructural.

En suma, la crisis crean sujetos dinámicos comparativamente simples en determinados niveles de organización. Los procesos conducen luego al progreso de los sistemas existentes y, por último, a la creación de sistemas más simples en un nivel de organización superior siguiente, de los actores sociales, donde la complejización vuelve a empezar; es decir, una especie de tránsito de un sector social a otro, de una nacionalidad a otra, de una clase social a otra y, por ende de una identidad a otra.

Los nuevos sujetos sociales emergen desde la periferia de la propia estructura social; provienen del fondo del tejido social. Aparecen cuando la creencia en el orden social dominante se debilita. No se trata, pues, de apariciones repentinas, sino de la emergencia de lo excluido, de vestigios de divisiones y exclusiones pasadas, se trata de realidades contingentes que han permitido un modo distinto de intercambiar experiencias, necesidades y proyectos utópicos, la autoconciencia de la construcción de la realidad, por lo que pueden llegar a proporcionar un guía en la selección de objetivos y ambiciones.

## Bibliografía

- Adorno, Theodor, "Sobre sujeto y objeto", en *Consignas*, Amorrortu, Buenos Aires, 1969.
- Alexander, Jeffrey, *Las teorías sociológicas. Desde la Segunda Guerra Mundial. Análisis multidimensional*, Gedisa, Barcelona, 1995.
- \_\_\_\_\_, *Milenio*, Seix Barral, México, 1992.
- Attali, Jacques, "El regreso del tribalismo", en *Nexos*, núm. 181, México, enero de 1993.
- Balandier, Georges, *El desorden. La teoría del caos y las ciencias sociales. Elogio de la fecundidad del movimiento*, Gedisa, Barcelona, 1990.
- Berger, Peter y Thomas Luckmann, *La construcción social de la realidad*, Amorrortu, Buenos Aires, 1968.
- Blau, Peter, *Intercambio y poder en la vida social*, Hora, Barcelona, 1983.
- Bloch, Ernest, *El principio esperanza*, tomo I, Aguilar, Madrid, 1977.
- Blumer, Herbert, *Interaccionismo simbólico*, Hora, Barcelona, 1982.
- Bonfil Batalla, Guillermo, *Pensar nuestra cultura*, Alianza Editorial, México, 1991.
- Bourdieu, Pierre, *et al.*, *El oficio del sociólogo*, Siglo XXI, México, 1991.
- Calvillo, Miriam y Alejandro Favela, "Los nuevos sujetos sociales. Una aproximación epistemológica", en *Sociológica*, Año 10, núm. 28, UAM Azcapotzalco, México, 1995.
- Casullo, Nicolás (comp.), *El debate modernidad posmodernidad*, Puntosur, Buenos Aires, 1989.
- Drucker, Peter, *Las nuevas realidades. En el estado... En la economía y los negocios... En la sociedad y en la imagen del mundo*, Edhasa, Barcelona, 1989.
- Durkheim, Émile, *Las reglas del método sociológico*, Ediciones Orbis, Barcelona, 1982.
- Elias, Norbert, *Sobre el tiempo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1989.

- Ferraroti, Franco, *La historia y lo cotidiano*, Península, Barcelona, 1990.
- Foster, H. et. al., "Construyendo una realidad", en P. Watzlawick et. al., *La realidad inventada*, Gedisa, Barcelona, 1990.
- Glaserfeld von, E., "Introducción al constructivismo radical", en P. Watzlawick et. al., *La realidad inventada*, Gedisa, Barcelona, 1990.
- Heidegger, Martín, *Ser y tiempo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1986.
- Heller, Agnes, *Sociología de la vida cotidiana*, Grijalbo, México, 1972.
- Homans, George C., *Social Behavior: its Elementary Forms*, Harcourt, Brace and World, New York, 1961.
- \_\_\_\_\_, *The Nature of Social Science*, Harcourt, Brace and World, New York, 1967.
- Horkheimer, Max, *Teoría Crítica*, Amorrortu, Buenos Aires, 1968.
- Lacroix, Bernard, *Durkheim y lo político*, Fondo de Cultura Económica, México, 1984.
- Lagarde, Marcela, *Los cautiverios de las mujeres*, UNAM, México, 1993.
- Laszlo, Ervin, *La gran bifurcación. Crisis y oportunidad: anticipación del nuevo paradigma que está tomando forma*, Gedisa, Barcelona, 1993.
- Liotard, Jean-François, *La diferencia*, Gedisa, Barcelona, 1991.
- \_\_\_\_\_, *La condición posmoderna*, ReiMéxico, México, 1993.
- Lukács, György, *Historia y conciencia de clase*, Grijalbo, México, 1969.
- Marcuse, Herbert, *Eros y civilización*, Origen/Planeta, México, 1986.
- \_\_\_\_\_, *El hombre unidimensional*, Joaquín Mortiz, México, 1968.
- Mead, George Herbert, *Espíritu, persona y sociedad*, Paidós, Buenos Aires, 1972.
- Merton, Robert K., *Teoría y estructuras sociales*, Fondo de Cultura Económica, México, 1965.
- Ortega Esquivel, Aureliano, "Las ciencias sociales: entre el cinismo y la perplejidad", en *Regiones*, vol. 1, núm. 3, Revista Interdisciplinaria en Estudios Regionales, Centro de In-

- vestigación en Ciencias Sociales y Administrativas, Universidad de Guanajuato, diciembre 1993, marzo 1994.
- Parsons, Talcott, *Apuntes sobre la Teoría de la acción*, Trillas, México, 1974.
- Popper, Karl, *La lógica de la investigación científica*, Editorial Tecnos, México, 1991.
- \_\_\_\_\_, *Conjeturas y refutaciones*, Buenos Aires, Paidós, 1983.
- Ritzer, George, *Teoría Sociológica Contemporánea*, McGraw-Hill, México, 1993.
- Rusconi, Gian Enrico, *Teoría crítica de la sociedad*, Ediciones Martínez Roca, Barcelona, 1969.
- Sader, Eder, “La emergencia de los nuevos sujetos sociales”, en *Nuevos sujetos sociales. Acta Sociológica*, UNAM, México, mayo-agosto, 1990.
- Schutz, Alfred, *Estudios sobre la teoría social*, Amorrortu, Buenos Aires, 1974.
- \_\_\_\_\_, y Thomas Luckmann, *Las estructuras del mundo de la vida*, Amorrortu, Buenos Aires, 1977.
- Simmel, Georg, *La filosofía del dinero*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1976.
- Spencer, Herbert, *El individuo contra el Estado*, Doncel, Madrid, 1976.
- Stroud, Barry, *El escepticismo filosófico y su significación*, Fondo de Cultura Económica, México, 1991.
- \_\_\_\_\_, *El fin de la modernidad. Nihilismo y hermenéutica en la cultura posmoderna*, Gedisa, Barcelona, 1990.
- Vattimo, Gianni, *Ética de la interpretación*, Paidós, Barcelona, 1991.
- Watzlawick, P. et al., *La realidad inventada*, Gedisa, Barcelona, 1990.
- Weber, Max, *Sobre la teoría de las ciencias sociales*, Península, Barcelona, 1971.
- \_\_\_\_\_, *Ensayos sobre metodología sociológica*, Amorrortu, Buenos Aires, 1973.
- \_\_\_\_\_, *Economía y sociedad*, Fondo de Cultura Económica, México, 1974.
- Zeitlin, Irving, *Ideología y teoría sociológica*, Amorrortu, Buenos Aires, 1977.

Zemelman, Hugo y Guadalupe Valencia, “Los sujetos sociales, una propuesta de análisis”, en *Nuevos sujetos sociales. Acta Sociológica*, UNAM, México, mayo-agosto, 1990.